

Parte III

JAPON Y
AUSTRALIA

UNOS DIAS EN BEIJING

Hoy escribo desde la silenciosa y aséptica sala de ordenadores de la Nomura Medical School en Tokio. Como siempre, me han prestado un lugar en el que sentarme a escribir, en soledad. Aunque puedo ver en las esquinas del techo cámaras camufladas que probablemente me vigilan.

Como dicen los cánones, Tokio es la capital del país del sol naciente, ejemplo de orden y disciplina, pero también tierra de contradicciones. Llevo en esta ciudad impoluta sólo una semana y observo con ansiedad que mi poco dinero se derrama del bolsillo en una pequeña estampida, o como si me hubieran metido un aspirador. En Japón cobran hasta por respirar.

He accedido a este ordenador por la intermediación de Sara, una de las amistades mas oportunas que he hecho en lo que va de viaje. Desde que en Moscú empecé este largo periplo asiático, he disfrutado de grandes dosis de hospitalidad. Sirva de ejemplo:

1. Rusia: en cada localidad que visité durante el trayecto en el Transiberiano algún ruso se ofreció desinteresadamente para enseñarme el lugar. Dentro del tren los pasajeros me acogieron con cariño y amabilidad, sobre todo Olga, la provodnitsa.
2. Mongolia: pasé varios días en un ger en la orilla del lago Hövsgöl conviviendo y aprendiendo con la familia nómada de Bajtoir. También conocí a Batsegseg, que se ocupó de enseñarme las noches de Ulan Bator y se arriesgó al cederme una noche su oficina para redactar la crónica de Mongolia.
3. Beijing: en el Lago Hövsgöl mongol conocí a Jules, una californiana. Con ella coincidí casualmente en la capital China. Jules investigaba con financiada por National Geographic Society. Me invitó a compartir su habitación en el lujoso hotel donde se alojaba. Ni que decir tiene que aproveché la ocasión.
4. Tokio: ahora me alojo gratis en el apartamento de Sara, en el centro de la ciudad más grande del mundo.

Déjame retroceder algunos días, antes de llegar a Japón, para narrarte el surrealista encuentro con Sara durante mi estancia en Beijing:

Desde Ulan Bator me volvía a subir al Transmongoliano para recorrer otros dos mil kilómetros en dirección Sureste, hasta la capital de China. Este tren es bastante más cómodo, sofisticado y caro que el ruso, y demasiado turístico. De este trayecto tengo tanto que contar como de un intercity Paris-Munich.

Beijing derrumbó muchos mitos que atesoraba sobre una China exótica y misteriosa: en esta moderna mega-urbe de más de 10 millones de habitantes hay docenas de cadenas de comida rápida americanas, centros comerciales con galerías perfumadas y música chill-out, futuristas rascacielos de acero y cristal, lujosos automóviles, gente vestida a la última moda, ejecutivos estresados, taxistas cabreados, mucho humo, prisas, salones de juego, policías uniformados y turistas por doquier. Para evadirme de tanta civilización buscaba apartados recovecos y rincones viejos y escondidos de la ciudad, pedaleando sin prisas en una vieja y chirriante bicicleta alquilada, y mezclándome como un grano de arena entre la densa marea de ciclistas que acuden aburridos a su rutina diaria.

Mis siete días en la moderna y occidentalizada Beijing no merecen más comentarios. Una semana cómoda y carente de interés, salvo una honrosa excepción: me tropecé con Sara, una joven sueca de origen coreano. La manera en que nos conocimos fue de lo más estrambótica:

Eran las diez de la noche, un día después de la partida de la americana Jules, que me había cedido una cama plegable en su habitación del Holiday Inn. Regresaba al albergue pedaleando cansinamente en mi destartalado cacharro y sumergido en el habitual mar de finas ruedas y llantas oxidadas, manillares con puños de plástico coloreado y ring-rings desacompasados. Estaba cansado. Había pasado la mañana en la abarrotada y turística Ciudad Prohibida y la tarde en el agradable y tranquilo Templo del Cielo.

De repente, la apacible marea de bicicletas se desgarró, abriéndose desordenadamente para dejar paso a una persona que corría hacia mí. Era una mujer joven con rasgos orientales. Vestía más elegante que las chinas *de a pie*. De su hombro derecho colgaba un voluminoso bolso nuevo y

tiraba con su mano izquierda de una lujosa maleta rosa estampada con ruedas. Cuando estuvo suficientemente cerca noté que estaba azorada y tenía el gesto desencajado. Sorprendido, frené y eché pie a tierra. Con la respiración entrecortada y un perfecto inglés me explicó que acababa de llegar a Beijing, y que unos minutos antes, al subirse en el asiento delantero de un taxi y pedirle al chofer que la llevara a un hotel, éste había tratado de abusar de ella. Escapó abriendo la puerta con el vehículo en marcha.

Me tocó ser el primer occidental con el que se topaba tras el incidente. Me pidió nerviosa que le ayudara a encontrar un hostel de juventud. Le acompañé caminando hasta mi albergue de mochileros, que afortunadamente estaba cerca. Le gustó y pidió habitación. Durante los días siguientes visitamos juntos parte de la ciudad.

Creo que la historia vital de Sara es una muestra típica de la imparable, amada y denostada globalización. Nació en Corea y fue abandonada por su madre cuando solo tenía seis meses de edad, que la depositó enrollada en paños y con un chupete en el portal de una casa cualquiera en las afueras de Seúl. Tras pasar por un orfanato, fue adoptada a distancia por una joven pareja sueca que se la llevó al Norte de Suecia. Creció arropada y con todas las comodidades. Veintisiete años después obtuvo una beca para un doctorado en ingeniería genética en el departamento de neurobiología de la Nomura Medical School de Tokio. En el momento que la conocí regresaba de una semana de vacaciones en el interior de China, aprovechando un receso en la Universidad nipona. Estos sí que son bandazos vitales interesantes...

TOKIO

El día antes subirme en un avión hacia Tokio Sara volvió a sorprenderme: me ofreció las llaves de su apartamento en Bunkyo Ku (Metro Sendagi), uno de los barrios más caros de la capital de Japón. Espectacular. Cada día ahorraría al menos ochenta euros, que es lo que cuesta un alojamiento barato en una de las ciudades más caras del mundo. Con ochenta euros podría vivir una semana en Mongolia.

Han pasado varios días y reconozco que llevo una semana de lujo. Estoy en Tokio y Sara llegó ayer de Beijing. Esta noche me va a llevar con sus amigos japoneses a cenar en un restaurante mejicano/japonés (!!) y más tarde a Ropongi, epicentro de la movida. Otro mito derrumbado: ¡en Tokio la juventud se divierte tanto o más que en cualquier ciudad europea.

Ayer pasé el día en Disneylandia. Aunque más pequeña, es un calco del Disneyworld de Orlando. Aquí también las colas para entrar en las atracciones son desesperantes. Ni hablar de la comida. Sin embargo, en éste parque, mientras avanzo en cola a paso de caracol entre interminables laberintos de soga azul, sufro menos porque no me cruzo dieciocho veces con la misma persona desgarbada, ruidosa, que masca chicle con la boca abierta, viste shorts horteras, camisa a punto de estallar estampada con Bart Simpson, zapatillas Nike fluorescentes y gafas de sol con relieves de Mickey Mouse. Afortunadamente, los japoneses suelen ser respetuosos, elegantes y discretos.

Transcribo de madera desordenada y según me vienen a la cabeza algunas **IMPRESIONES** sobre los tokiotas y su megalópolis:

Tokio es la ciudad mas organizada y limpia que conozco, a pesar de sus más de doce millones de habitantes y cuarenta en el área metropolitana. Pero también es muy cara: una Coca Cola en un bar cuesta al menos 3 euros. Taxi al aeropuerto de Narita: no menos de 150 euros, incluyendo 7 euros al bajar la bandera. Una entrada de cine, 18 euros. Entrada a Disneylandia, 60 euros. Un hotel muy muy barato, 80 euros. Mini Sandwich en un 24 horas, 6 euros. Café 4 euros. 10 euros para acceder a un baño público. Muchos tokiotas viven en una habitación alquilada porque las rentas son estratosféricas. Para ahorrar espacio las casas no suelen tener más de un cuarto de baño. Afortunadamente, tras una década de recesión económica, el metro cuadrado es más asequible. Para compensar, la electrónica es relativamente barata.

Sentí estar en uno de los países más machistas del mundo desarrollado. Cuando pagas por un bien o servicio, las recepcionistas, camareras o cajeras emiten con una sonrisa forzada frases estereotipadas que vocalizan mecánicamente alargando la terminación. Es una opinión personal basada en algunos días, pero observé que más frecuentemente que en otros países avanzados, muchas mujeres están educadas para no evidenciar una

inteligencia o cultura superior a la de “su” hombre. Así serán mas aptas para casarse y tendrán un largo y tranquilo matrimonio (sic). Visten elegante pero sobriamente y se maquillan poco. No suelen beber alcohol en lugares públicos. Es difícil verlas en grupo en bares o discotecas después del trabajo. Se esfuerzan en hacer el menor ruido posible. Escuché algunas bromas y chistes sobre su sumisión en casa y en la cama.

Los ciudadanos de Tokio son educados, amables y tienen buenas nociones de inglés, por lo que es fácil orientarse preguntando. Cuando viajo pido indicaciones a menudo, y puedo ser algo coñazo, tanto, que en algún caso he terminado en el extremo equivocado de una ciudad. Algunos extranjeros que residen en Tokio me comentan que muchos japoneses discriminan muy sutilmente a la gran mayoría de foráneos, incluidos europeos y norteamericanos. A primera vista es difícil notarlo, ya que parecen hospitalarios. Esto da lugar a que los extranjeros no suelen querer quedarse a vivir definitivamente en este país, ya que no se sienten integrados.

Los coches están nuevos y la carrocería brillante, sin una mota de polvo. Cuando el vehículo cumple cinco años de antigüedad los impuestos de circulación suben tanto que prefieren cambiarlos. Los japoneses conducen por la izquierda, y lo hacen muy deprisa. El mayor problema es el aparcamiento, y en muchos casos, debes demostrar al concesionario de coches que tienes una plaza fija para estacionar antes de que te lo vendan. En casi toda Asia oriental se conduce por la derecha, por lo que aún no sé donde se jubilan tantos millones de vehículos *viejos*.

Los tokiotas son tanto o más consumistas que los norteamericanos. Las compras son más que un hobby. Llenan de electrónica sus pequeños hogares de escaso mobiliario.

UNA CIUDAD DE CONTRADICCIONES

El turista o viajero extranjero que venga a Tokio con algún prejuicio, es posible que quede perplejo, como me ocurrió a mí.

Enumero algunas contradicciones o contras que en mi ignorancia he llegado a considerar como inconsistencias:

La pausada y metódica ceremonia del té contra el ritmo frenético sobre el asfalto de la gran urbe. La histórica belicosidad del nipón contra el trato exquisito y dócil en las relaciones personales. Los templos budistas o zen en cualquier lugar contra los rascacielos de tiendas y oficinas de la calle Ginza. Disneylandia y la popularidad de la comida basura contra la sanísima dieta japonesa. Los mejores fabricantes de coches (con permiso de los alemanes) contra un excelente y masivamente utilizado transporte público. Adoración a las marcas de moda europea contra la vigencia y prestigio social del kimono. Admiración de las facciones caucásicas modelos europeos contra escasa integración de los occidentales. Idéntica corbata oscura y camisa blanca en ejecutivos y oficinistas contra colores y estética punk, tatuajes y piercing en los adolescentes. Ni una colilla en la calle contra cucarachas en las habitaciones. Alta preparación intelectual contra aceptación social de comportamientos machistas. Iniciativa individual contra frecuente intervencionismo estatal. Hiper-competitividad en la escuela y entre alumnos contra inmensa capacidad para trabajar en equipo y acatar órdenes. Autocontrol y rectitud durante el día, alcohol a mansalva de noche. Actitudes humildes, formalismo y admiración por el estilo de vida occidental contra elevado orgullo nacional y salvaguarda de las tradiciones. Emperador con carácter semi-divino contra continuos escándalos de corrupción en los políticos. Buena organización y elevada capacidad de trabajo contra interminable recesión económica. Yakuza o mafia nipona* con más de cien mil componentes contra una de las policías más eficaces del mundo.

**La Yakuza obtiene sus ingresos a través del crimen de guante blanco, normalmente el juego. Los crímenes en Japón suelen limitarse a ajustes de cuentas entre los propios representantes de la mafia nipona.*

Supervivencia de ritos y mitología tradicional contra elevada cultura cibernética. Organización y metodología contra caos en la numeración de las calles y planificación urbanística*.

**No hay numeración en los portales. Aparentemente, las casas en Tokio están subidas una encima de otra y nadie se ha devanado los sesos organizando el trazado de las calles. He visto pocas avenidas. Tengo una agobiante sensación de falta de espacio. Viven en minúsculos apartamentos y casitas. Un hogar de tres habitaciones es un auténtico lujo. Tanta calidad de vida, y tan poco tiempo y espacio...*

El metro de Tokio es el sistema de transporte público más eficiente y bien organizado que conozco. No he visto a los funcionarios “empujadores” de pasajeros que aparecen en nuestros telediarios. No parecen necesarios. Sin

embargo, en horas punta va más que abarrotado. Los japoneses tienen una increíble capacidad para quedarse dormidos en cualquier lugar, sentados, mirando hacia el techo y la boca abierta, de la que cae un hilillo de baba. Los vagones pueden parecer un dormitorio colectivo con camas de fibra de vidrio.

En contra de la creencia de muchos, pienso que el nipón no es más productivo por su intensidad o esfuerzo. Simplemente le dedica más horas a su trabajo, es más disciplinado y organizado y está educado para trabajar en equipo, manteniéndose fiel a su empresa muchos años. Es frecuente ver a un ejecutivo varón de cualquier edad que, tras una larga jornada, sale a divertirse con sus compañeros de trabajo sin quitarse la corbata. Va a tomar copas en bares o discotecas y no para de hablar de trabajo. Llega a casa borracho, a medianoche, cuando su familia ya duerme. A las ocho de la mañana estará, imperturbable, sentado en su puesto de trabajo.

Muchos estudiantes preuniversitarios se machacan en su adolescencia para acceder a una universidad prestigiosa. Una vez conseguido el objetivo, pasan cinco o seis años estudiando poco y planificando con esmero su futuro profesional.

A partir de la treintena, los varones japoneses parecen huir ciegamente hacia adelante para terminar una hipotética reconstrucción de su adorado país, y buscan recuperar el orgullo de una nación destruida y humillada en la Segunda Guerra Mundial. Muchos parecen no enterarse que la reconstrucción ha terminado, y sacrifican su vida y familia por un trabajo castrense, desangrando su alma, sin saberlo, por y para su empresa y nación.

Basta de filosofar. Volvamos al viaje.

Mi plan era utilizar Tokio como escala previa para acceder a Micronesia. Dicen que las islas de Guam, Palau, Yap y Chuuk son las mejores del mundo para bucear. Pero he tenido que olvidarme de esta etapa: las tarifas aéreas desde Tokio son prohibitivas. Un billete de avión a Micronesia cuesta casi tres mil euros. Debería haber hecho escala en Corea o Hong Kong. Mañana vuelo a Australia, donde espero quedarme un mes, y después continuar la singladura del gran océano hacia el este, visitando Nueva Zelanda y conociendo algunas islas del Pacífico Sur.



TOKIO: En casa de Sara.



TOKIO: La "movida" en Ropongui

